

de plata aplicadas á una abertura practicada en cada bambú, con lo que obtiene sonidos armoniosos mientras los dedos se pasean diestramente por los pequeños agujeros que son tantos como los tubos. Los demás instrumentos se parecen á los de los siameses.

El 9 de agosto salí de Luang-Prabang para visitar los distritos al Este y al Norte de la ciudad.

Toda esta comarca no es mas que una interminable sucesion de montañas y de valles, haciéndose estos cada vez mas hondos y aquellas cada vez mas escarpadas á medida que se avanza hácia el Norte. En las cimas se estienden espesos junglares en que resuenan sin cesar los agudos gritos de los gibbones y con frecuencia tambien el ronquido del tigre. En las pendientes se levantan oguadales de una esencia resinosa, cuya explotacion, industria particular del Laos, recuerda los procedimientos de los cosechadores de resina de los páramos. Por último, en las concavidades del suelo, donde reina un clima tórrido, el árbol mas comun es la palmera *lan*, cuyas hojas, hace millares de años, han reemplazado el papyrus, el pergamino y el papel entre los poetas sanscritos y los teólogos de la Indo-China.

Siendo espléndida la noche del 15 de agosto, acampé en las márgenes del Nam-Kane. La luna brillaba con un resplandor extraordinario, plateando la superficie de este rio encantador, cercado de altas montañas que parecen un murallon inmenso y sombrío. El canto de los grillos era lo único que turbaba la calma y el silencio en que la naturaleza se hallaba sumergida. Desde mi ventana dominaba un paisaje fascinador matizado de tintas de ópalo; pero hace ya algun tiempo que no puedo apreciar estas cosas ó gozar de ellas, porque me siento triste, pensativo y desgraciado. Echo de menos la tierra natal. Quisiera un poco de vida. Esta eterna soledad me pesa.

Llegado á 1,700 kilómetros al menos de la embocadura del Mekong, puedo comprobar, por la enorme masa de agua que brota de los estribos de las grandes cordilleras en que se apoya la península Indo-China, que este rio, lejos de tomar sus manantiales en su vertiente meridional como el Irravady, el Saluen y el Menam, procede de mucho mas allá, y sin duda de las mas altas mesetas del Thibet. ¿Me será dado hacer nuevas investigaciones?

El traje de los laotianos de estas montañas se diferencia poco del de los siameses; las gentes del pueblo llevan un languti y un vestido de algodón rojo, y con mucha frecuencia nada. Hombres y mujeres van descalzos. Ellos llevan el pelo como los siameses. Las mujeres son generalmente mejores que las de este último país. Gastan solo una corta basquiña de algodón, y encima del pecho un pedazo de tela de seda, de que prescinden muchas de ellas. Las muchachas son por

lo comun muy gentiles, con unas caritas mucho mas expresivas y vivarachas; pero antes de llegar á los diez y ocho ó veinte años, sus facciones se ensanchan y su cuerpo se pone muy grueso, y á los treinta y cinco años son verdaderamente repugnantes, casi todas cargadas de monstruosas paperas como las mujeres del Valais y de los Grisonos. En cuanto á los hombres, exentos en su mayor parte de esta enfermedad, cuentan entre ellos un gran número de individuos de formas atléticas y de una fuerza hercúlea. Qué buen regimiento de granaderos podria el rey de Siam reclutar en estas montañas.

En resumen, toda esta poblacion, hombres, mujeres y niños, me recuerda los tipos del Norte de la Polinesia, tales como se hallan representados en las grandes publicaciones de los marinos franceses desde 1820 á 1840. Si el ilustre Dumont-d'Urville hubiese podido explorar las márgenes del Mekong, se habria fijado en los orígenes de los carolinos, de los tagalos de Luzon y de los indígenas de las Célebes, que le han aparecido como los antecesores de los tongas y de los tahitianos.

No se encuentran en sus habitacionos ni sillas, ni mesas, ni camas, ni siquiera cacharros de tierra, ó de porcelana. Todos, con muy pocas escepciones, comen su arroz pegajoso, hecho pelotillas poniéndolo en la mano ó una cestilla de junco trenzado, que está algunas veces trabajada artísticamente.

La ballesta y la cerbatana, é igualmente una especie de lanza de bambú, son sus instrumentos de caza. Tambien aunque raras veces, se valen de una escopeta, siendo tiradores muy diestros.

En el lugarejo Na-Le, donde llegué el 3 de setiembre, tuve el gusto de matar una tigre que con su macho causaba grandes estragos en la comarca. Al dia siguiente el jefe de los cazadores organizó en mi obsequio una caza de rinoceronte, animal que no habia hallado aun en ninguna de mis escursiones montañesas. El modo que tienen los laotianos de hacer esta caza es muy curiosa, y la hace interesante su sencillez y la habilidad que despliegan. Eramos ocho hombres, incluso yo, que estaba armado de escopeta, y lo mismo mis criados. Yo habia armado la mia de una larga bayoneta muy afilada. Los laotianos no llevaban mas que sólidos bambúes con una larga punta de hierro, que era como un término medio entre una bayoneta y un cuchillo de monte, al paso que la lanza del jefe era una especie de espadon, largo, fuerte y ligero, pero sin filo, lo que hacia la cualidad del arma mas peligrosa. —

Armados como acabo de decir, nos pusimos en camino por lo mas espeso del bosque, del cual nuestro jefe conocia todas las vueltas y madrigueras. Despues de haber penetrado en su interior cosa de 2 millas, oímos el crujido de las ramas y el repentino es-

tremecimiento de las hojas secas. El jefe se adelantó indicándonos con la mano, sin volverse, que no nos adelantásemos, que anduviésemos despacio y que preparásemos las armas.

Se oyó luego un grito penetrante. Era una señal de nuestro jefe para prevenirnos que el animal no estaba lejos. Hirió en seguida una contra otra dos cañas de bambú, y todos sus compatriotas lanzaron gritos salvajes para obligar al rinoceronte á salir de su retiro. Pocos instantes despues, el animal enfurecido por verse molestado en su soledad, se dirigió contra nosotros; era un macho de los mayores. Sin el menor temor y con evidentes señales de la mayor alegría, como si de antemano estuviese seguro de la victoria, el intrépido cazador salió al encuentro al monstruo, y con lanza en ristre, le aguardó á cierta distancia y como provocándole. El animal seguia avanzando, y bajaba y levantaba alternativamente su enorme cabeza, con las fauces abiertas. Al llegar al alcance del hombre, éste le metió la lanza dentro del gáznate á

la profundidad de mas de 1 metro y medio, con tanta tranquilidad como si tuviese á su disposicion una pieza de artillería. Hecho esto, dejó su arma clavada en el cuerpo del animal y vino hácia nosotros. Nosotros nos manteníamos á una distancia respetuosa, asistiendo á la agonía del animal sin tener nada que temer. El lanzaba espantosos mugidos, y se revolcaba agitado por horribles convulsiones, mientras la comitiva arrojaba gritos de alegría. Algunos instantes despues pudimos acercarnos á la víctima, que arrojaba la sangre á borbotones. Yo apreté la mano al jefe felicitándole por su destreza y denuedo. Entonces me dijo que á mí solo pertenecia la honra de rematar el animal, lo que hice pasándole la garganta de un bayonetazo.

Habiendo el cazador sacado su lanza del cuerpo del *Behemoth*, me la presentó, suplicándome la aceptase como un recuerdo. Yo le di en cambio un magnífico puñal europeo...

ENRIQUE MOUHOT.

La fecha del 5 de setiembre es la de la conclusion del diario de viaje de M. Mouhot. Siguió sin embargo llevando fielmente su registro meteorológico hasta el 25 de octubre; pero las últimas notas inscritas en su cuaderno de camino se limitan á las siguientes:

El 20 de setiembre, partida de B... p.

El 28, órden del Senado de Luang-Prabang enviada á B... mandando á las autoridades que no me dejasen traspasar aquel límite.

El 15 de octubre, marcha para regresar á Luang-Prabang.

El 18, alto en H...

El 19, estoy atacado de la fiebre.

El 29: «¡Dios mio! ¡tened piedad de mí!»

Esta exclamacion suprema, trazada con una mano temblorosa, es la última que el viajero ha confiado al papel. Violentos dolores cefalárgicos y una postracion siempre creciente habrian al parecer hecho caer la pluma de sus manos. El intrépido naturalista tenia sin embargo una confianza tal en sus fuerzas, que no parecia tuviese la conciencia de su próximo fin, á juzgar al menos por la invariable respuesta que daba á su fiel Phrai, cuantas veces éste le preguntaba si tenia algo que escribir á su familia: «¡Stop! ¡stop! ¡Aguarda! ¡aguarda! ¿Tienes miedo?» El 7 de noviembre el enfermo cayó en un estado comático entrecortado de delirio. ¡El 10, á las siete de la tarde,

estaba muerto! Veinticuatro horas despues, contra la costumbre de los laotianos que suspenden los cadáveres de la cima de los árboles, donde los abandonan, los despojos mortales de nuestro compatriota fueron enterrados, segun el rito europeo, por el celo de Phrai y de su compañero Dong, los cuales, tres meses despues, regresaban á Bangkok con las noticias que preceden, las colecciones, los efectos y los papeles de su amo.

¡Benditos sean por su fidelidad! Este es el voto de la viuda, del hermano, de la familia toda de Enrique Mouhot. ¡Sea tambien la de los lectores de esta narracion!

Pero no concluiremos sin formular otro. Enrique Mouhot yace á 5,000 leguas de distancia de su tierra natal, á 300 leguas al menos del punto mas próximo que habita un europeo. ¿No seria justo que Inglaterra, cuyos museos han recibido las colecciones que le han costado la vida, que Francia, á la cual ha enseñado y abierto el camino de Cambodge, le levantasen de comun acuerdo un modesto pero duradero monumento en el cementerio cristiano de Bangkok, donde sin duda habia ido á soñar mas de una vez, y cuya brillante vegetacion reúne bajo una sombra propicia la mayor parte de los objetos especiales de sus estudios: las flores, los insectos y los pájaros de los trópicos?



Vista del fuerte francés de Widah.

VIAJE A DAHOMEY,

POR EL DR. M. REPIN, EX-CIRUJANO DE LA MARINA IMPERIAL FRANCESA.

1860.

I.

Salida de Brest.—Goree.—Widah.—La barra.—Un naufragio en la barra.

De vuelta de la expedicion de Crimea fui á Brest, para reponerme en marzo de 1856. Se acababa de botar al agua el *Dialmath*, bergantin-goleta de la fuerza de sesenta caballos, armado con cuatro obuses de á 12. Su construccion especial y su poca cala le hacian muy propio para pasar las barras y remontar los grandes rios de la costa occidental de Africa, pues ya se construyó con este objeto.

La campaña debia durar de diez y ocho meses á dos años; los oficiales me instaron para que les acompañase, y accedí al fin á sus deseos. El 13 de marzo de 1856, recibí la órden de embarcarme en calidad de cirujano mayor del *Dialmath*, y algunas horas

despues estaba ya á bordo. El 14 de marzo salimos de Brest, dirigiéndonos á Africa.

Despues de haber tocado sucesivamente en la Coruña, Vigo, Lisboa y Santa Cruz de Tenerife, el 28 de abril por la mañana reconocimos el Cabo Verde, y en la tarde del mismo dia fondeamos en la rada de Goree, en medio de los buques estacionados allí á que nos incorporamos.

Durante los primeros meses el capitán de navío M. Protet, comandante en jefe, en la actualidad contra-almirante, nos empleó en algunas misiones á diferentes puntos de la costa, desde Goree hasta Gabon.

En octubre nuestro capitán recibió la órden de anclar delante de Wydah, en el golfo de Benin, y de ponerse allí de acuerdo con el director de la importante factoría que la casa de Régis, de Marsella,